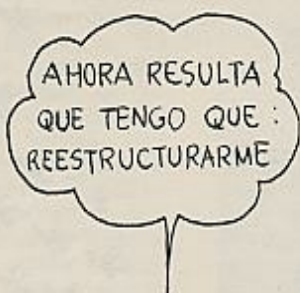


Malcolm Hancock



LOS RIESGOS D

UNA joven, famosa por la frecuencia con que cambia de marido y a la que se ha calificado alguna vez como «la heredera más rica del mundo», fue invitada a una fiesta en Nueva York. Una orquesta amenizaba el ambiente. Y el champán corría abundantemente. De vez en cuando alguna pareja salía un rato al jardín..., un rato que, a veces, se prolongaba considerablemente.

Hacia la madrugada, «la heredera más rica del mundo» se dirigió con indignación hacia el anfitrión, a quien se quejó de que uno de sus invitados la hubiese robado. Según ella, el objeto robado era un costosísimo diamante que llevaba sujeto al vestido a la altura del pecho izquierdo. El anfitrión reconoció haber visto y admirado el diamante en cuestión. Pero éste había desaparecido, y la heredera amenazaba con armar un escándalo, insistiendo en que se registrase a todos los invitados hasta dar con el culpable.

Anticipándose a un incidente de este tipo, el anfitrión había solicitado una póliza de seguros que le protegiese contra cualquier robo que pudiera producirse bajo su techo, pero la compañía había estipulado que durante la fiesta todas las actividades de los invitados debían estar sometidas al escrutinio de un detective privado —precaución que suele tomarse con harta frecuencia en ocasiones como ésta—.

Se requirió discretamente la presencia del detective, quien pidió a la joven que le contara exactamente todo lo que había hecho desde su llegada. Sentía tener que ser tan poco delicado, pero..., ¿recordaba que alguien le hubiera rozado el pecho con su mano..., por ejemplo, en alguno de sus bailes?

—¡Claro que no! —contestó la heredera toda indignada. Y protestó de que se le hicieran preguntas tan indiscretas. Después de todo, ella era la víctima. Y el detective la estaba



tratando como si fuera algún cómplice del ladrón.

El empleado de la compañía de seguros replicó tranquilamente que todavía no se había demostrado que se tratase de un robo. El diamante podía haber caído al suelo..., tal vez en el jardín.

—No he salido para nada al jardín esta noche —afirmó categóricamente la presunta víctima.

—¿Está usted segura? —preguntó el detective.

—¡Totalmente!

La joven se volvió hacia su anfitrión y se quejó del comportamiento de algunos de los invitados en el jardín.

—Creo que puedo resolver su problema —aseguró el detective—... Por lo visto, usted tenía mucha prisa la última vez que se puso el vestido. Está al revés ahora.

La prenda en cuestión era de tan diminutas proporciones, que apenas si se notaba la diferencia entre el pecho y la espalda, el interior y el exterior... «La heredera más rica del mun-

E LAS COMPAÑÍAS DE SEGUROS



Por THOMAS BUCHANAN

do» se ruborizó. Era cierto que llevaba el vestido al revés.

—Si busca dentro —le dijo el detective, indicándole la posición—... No, ahí no. Un poco más abajo. Ahí. ¿Lo ha encontrado? Bueno, no hay mal que por bien no venga.

La compañía de seguros logró, pues, salir del paso. Pero no siempre tienen tanta suerte. Una joven de Hollywood, Florida, recibió también una invitación para una fiesta, a la que llegó adornada con sus alhajas más preciosas, entre ellas, un anillo valorado en 1.200 dólares. Después de la fiesta, la joven decidió, por razones que no nos importan, volver a casa andando. Como quiera que para ello tenía que utilizar una carretera muy poco frecuentada, y temerosa de que alguien la atacara, reunió todas las joyas que llevaba puestas y se las metió en una de sus medias con la esperanza de que ningún posible ladrón tuviera la desfachatez de registrarla debajo de la falda. Lo peor que le podía ocurrir era que la dejasen

sin bolso, pero no llevaba demasiado dinero.

La joven llegó, por fin, a casa. Nadie la había molestado, y su virtud seguía intacta —pero no su media—. Las joyas habían hecho un agujero en la media y debían haberse caído por el camino...

Otro caso relacionado con la indumentaria femenina fue el que se le presentó, en 1958, a la compañía de seguros Aetna. Un patrono había mandado a su secretaria al banco con una ingente suma de dinero para depositar. La secretaria metió el dinero en una cartera y se dispuso a llevar a cabo su misión. Era un día de viento, y al doblar la joven una esquina, una súbita ráfaga le levantó las faldas, para satisfacción de los caballeros que pasaban por allí. La joven, al tratar de poner remedio a este «strip-tease» involuntario, dejó caer la cartera, y los billetes que iban dentro levantaron el vuelo como aviones de papel. La joven trató de darles caza, pero el viento seguía haciendo de las suyas, y la muchacha tenía ya en

en su poder otra vez parte de los billetes fugitivos cuando una nueva ráfaga la obligó a echarse nuevamente mano a la falda.

El espectáculo inmovilizó prácticamente a la mayoría de los testigos masculinos. Algunos, sin embargo, reaccionaron a tiempo y la muchacha pudo recuperar parte del dinero que llevaba —1.800 dólares desaparecieron—.

El dinero puede guardarse, naturalmente, en cajas fuertes, pero ni siquiera ahí está a salvo, como saben demasiado bien las compañías de seguros. A instancias de su agente de seguros, los directores de cierta empresa adquirieron la última novedad en cajas fuertes. No se deshicieron, sin embargo, de la vieja caja, ya que pensaban utilizarla para guardar documentos relativamente sin importancia. Pero todo el dinero lo metieron en la nueva. Una noche entraron los ladrones en las oficinas de la empresa, se encontraron con las dos cajas, y renunciando a abrir la nueva, tras inútiles esfuerzos, se dedicaron a la otra. Cuando, por

fin, abrieron ésta, no encontraron más que un pedacito de papel en el que había escritos unos cuantos números.

Minutos más tarde, los ladrones se escapaban con 18.000 dólares en sus bolsillos —los números en cuestión eran los de la combinación de la caja fuerte—.

Unos ladrones entraron en una tienda de ultramarinos de Escocia, robaron ocho libras de mantequilla, que utilizaron para pringar el suelo. Luego, deslizaron la caja fuerte hacia la puerta, donde les esperaba un camión.

Pero en Baltimore (Maryland) un ladrón entró de noche para robar en un supermercado. De repente sintió hambre e hizo una pequeña pausa en su trabajo para prepararse un bocadillo de mermelada. En la oscuridad, se dejó caer al suelo el bocadillo. Se agachó para ver si lo encontraba, pero, sin darse cuenta, lo pisó, resbaló y se dio con la cabeza contra el suelo.

La policía le encontró todavía inconsciente poco después. ■ T. B.